

CANTO XVIII.

El duque de Arcos rompe los enemigos. Los de la Alpujarra hacen conjuración de matar al segundo reyecillo; el cual, presintiendo, da comisión al Habaquí para que trate con el señor don Juan sobre los medios de la reducción. El Duque de Arcos da la batalla á los moriscos de la Serranía, en la cual los vence y mata al Meliche. El Habaquí acabó la vida en su demanda. Y en fin se concluye la guerra con la muerte de Abenabó.

No se debe preciar el poderoso
De mostrar su poder en daño ajeno,
Sino de ser con celo valeroso
A nadie malo, á todo el mundo bueno;
Haya vergüenza el pecho generoso
De ser esquivo y de ponzoña lleno,
Y sea á la grandeza cosa indigna
El procurar de alguno la ruina.

Para dañar, bien basta cualquier hombre;
El mas vil puede ser mortal contrario,
Y el que es de mas oscura fama y nombre,
Formidable enemigo y adversario;
Mas para el bien hacer que da renombre,
Conviene un grado y punto extraordinario;
Porque es negocio claro averiguado
Que solo puede honrar el que es honrado.

Aquel inmenso Hacedor divino,
Cuya largueza vemos infinita,
De dar se llama Dios, pues da contino,
Y estando en todo, todo lo habilita;
El ángel que cayó luciferino
Es demonio llamado porque quita,
A nadie hace bien, á muchos daña,
Y no hay hora ni punto que no engaña.

De suerte que el rey nuestro, justo, y pio,
Al que crió los cielos imitando,
No mostró de su ceptro el poderio
Contra los yerros del morisco bando,
Sin antes ofrecer al desvario
Amoroso perdón con pecho blando,
Hasta que la justicia, de irritada,
Alzó con ira su luciente espada.

Ni mas ni menos el Meliche infame,
Semejante al demonio reprobado,
No es maravilla que furor derrame
En su linaje torpe rebelado,
Ni que negocio que por armas brame
Quien no pensaba ser jamás soldado,
Y mas no habiendo luna tan mudable
Como el grosero vulgo abominable.

Cesó el incendio, hecho poco estrago,
Y al punto se marchó á buscar el fuerte,
Para dalle los nuestros Santiago,
A hierro, á fuego, á sangre, á pena y muerte.
No fué el caudillo de la gran Cartago,
Mas sutil en ardidés ni mas fuerte
Que el duque de Arcos; ni otros que triunfales
En Roma los tuvieron, fueron tales.

Las huestes, de su guía satisfechas,
Esperan de vencer sin embarazo.
Llegó en esta sazón, sus gentes hechas,
Arévalo que llaman de Zuazo;
El Duque sus banderas ir derechas
Manda, y que cada cual apreste el brazo
Para reconocer los enemigos
Y prevenir sus ásperos castigos.

Máeses son de campo y del consejo
Pero Bermudez, honra de Galicia,
Y Pedro de Mendoza, claro espejo
De la alta profesion de la milicia;
Juan de Espuche, también soldado viejo,
Cual bravo capitán la guerra oficia,
Y otros que, por ser breve, no declaro,
Hacen reseña de su esfuerzo raro,

Cerca de la de Istan, enfrente puesta,
La gran sierra de Arbote está sentada,
La cual ganar primero se protesta
Como importante cosa y acertada,
Pues della se descubre y manifiesta
El fuerte del pagano, y la jornada
Por este medio, aunque dificultoso,
Mas breve fin tendrá y menos dudoso.

Con larga escaramuza y bien reñida
Se llegó de las faldas á la cumbre,
Sin que de nuestra gente recibida
Fuese en el gran trabajo pesadumbre;
Porque de la virtud esclarecida
Del Duque resultaba tanta lumbre,
Que su ejemplo famoso y excelente
Mostraba á cada uno á ser valiente.

Después que fué ganada la alta sierra,
Por ser el conservalla de momento,
Guarnicion le quedó á punto de guerra,
Y el Duque prosiguió el primer intento.
Por la banda que el norte el cerco cierra,
Sin ser cubierto del terreno asiento,
Menos peñascos y maleza habia,
Y allí sentó real al fin del día.

Ya aquel planeta que los años mide
Daba la amada luz con su presencia,
Y ya la sombra que la vista impide
Regocijaba el mundo con su ausencia,
Cuando el leteo ovidio se despide
Con su mortal imagen y apariencia,
Y vuelve á renovarse en cada uno
El estado feliz ó el importuno.

Mas esta diferencia no se advierte
En el cristiano ni el morisco bando,
Porque en los unos es común la suerte
Para embestir, las armas alistando;
En los otros también lo es en su suerte,
El asalto vecino recelando,
Aunque el áspero sitio y su pujanza
Les mantenian viva la esperanza.

¿Quién bastará á contar por cuáles artes
Y con cuan perspicaz inteligencia
Se acercaba á los altos baluartes
De Ponce de Leon la descendencia,
Su gente, dividida en cuatro partes,
Con número distinto y diferencia,
Pensando acometer con menor salto
El día siguiente el peligroso asalto?

Los pasos á compás y la distancia
Era en los escuadrones tan medida,
Que podrian, si fuese de importancia,
Favorecerse en la áspera subida,
Bien como la armonia y consonancia
De voces diferentes es nacida,
Que el acordado punto los entona
Y justa proporción las perfecciona.

Así, quien tantas gentes marchar viera
Tan por nivel, con ordenanza rara,
Una música acorde ser dijera,
Y de mirar la vista no hartara;
Los gastadores abren la carrera;
Y así, la artillería no repara,
Tirada de caballos, que de rienda
Seguros suben por la nueva senda.

De don Juan Ponce de Leon estaba
A cargo entonces la caballería,
Que el Duque por valiente le estimaba,
Como por mucho deudo que le habia;
En persona gentil se señalaba,
En discrecion, aviso y policia;
Fácil de condicion era y prudente,
Amable á todo género de gente.

Don Pedro Ponce, hijo suyo dino,
Que apenas pupilar edad alcanza,
Sigue de su familia el buen destino,
Y en moros sabe ensangrentar la lanza;
Parece en parte caso peregrino
Ver en tanta niñez tanta pujanza;
Mas ¿quién podrá engendrar admiraciones
De ver que son valientes los Leones?

Quando á la tarde el portador del día
Hacia la Nueva-España declinaba,
Y nuestra gente ya hacer queria
Rancho para la noche que esperaba;
La pérdida morisma, que entendia
El fin á que en la pausa se atinaba,
Habido su consejo brevemente,
Acuerdan de embestir y hacer frente.

Por no ser otro día prevenidos,
Previniéron aquella misma tarde;
Y así, con resonantes alaridos
Salen del fuerte puestos en alarde;
A los nuestros se acercan atrevidos;
La cólera se enciende, el furor arde
De entrambas partes, con el odio esquivo
Que infunde de las armas el motivo.

Clamaba el Duque insigne, así diciendo:
«Todo el mundo á pie quedo se defiende,
La ordenanza se guarde; que esto siendo,
Ningun poder habrá que nos ofenda.»
Algunos, al caudillo obedeciendo,
Ponían al deseo y paso rienda;
Mas otros, sin oílo, deshillados
Iban el monte arriba desmandados.

Y vióse allí lo mismo que sucede
A los diestros del juego de la esgrima,
Que usan del cuando el tiempo les concede
Pacífico ejercicio, y son la prima;
Mas cuando con enojo se procede,
Ni regla vale ni compás se estima;
Todo es coraje, priesa, cuchilladas,
Reveses y mandobles y estocadas.

Así los nuestros, mientras competencia
No se les ofreció, ordenados fueron;
Mas luego que de moros turbulencia
Movida contra si reconocieron,
De los advertimientos y la ciencia
Poco ni mas valerse no quisieron;
Que los pechos de fuertes y bríosos
Siguiéron tras sus impetus furiosos.

La tiniebla nocturna se acercaba,
Y el bando que á celadas solo aspira,
A los nuestros cebando, se tornaba
A su fuerte, y despacio se retira;
El de Arcos, cuyo ingenio penetraba,
Venciendo el furor breve de la ira,
Con pronto discurrir y fuerte pecho,
Del peligro mayor sacó provecho.

A imitación de aquella noble planta,
Corona ilustre á claros vencedores,
Que con el grave peso se levanta
Afrentando los árboles mejores;
Viendo el caudillo pues desórden tanta,
Y que las cosas iban á peores,
Dijo entre si: «Esta noche se apareja
Lo mismo que pasó en Sierra-Bermeja.»

«Que si la luz del cielo desaparece,
Españada mi gente y desmandada,
Peligro conocido me parece,
Y aun desdicha terrible confirmada.»
Este discurso hecho, el alma ofrece
A Dios, y el cuerpo al fin de la jornada;
Y arremetiendo contra el alto fuerte,
Los suyos animó de aquesta suerte:

«Seguidme, amigos, que hoy nos da ventura
Ocasión de vencer nuestros contrarios;
Sahed usar del tiempo y coyuntura,
Prostrad estos rebeldes temerarios.»
Diciendo así, los pasos apresura
Contra la fuerza de los adversarios;
Siguióle la primera su cuadrilla,
Ganosa de probarse en la rencilla.

Y los que desviados se hallaban,
Viendo subir al incito guerrero,
Con una honrosa invidia porfiaban
Sobre cual llegará al fuerte primero;
Los infieles dentro se mostraban
Hechos corona, con aspecto fiero,
De flechas y de balas, apuntados
Tiros y otros petrechos aprestados.

Pegóse el Duque al enemigo muro,
Y los suyos con él de arremetida,
Donde se comenzó un combate duro,
Una sangrienta lid, fiera, reñida;
La nube de armas vuelve el aire oscuro,
Privando á muchos de la dulce vida,
Así de los intrépidos cristianos
Como de aquellos perdidos paganos.

Los cuales, en virtud inferiores,
Al paragon no estaban como tales;
Porque, siendo en el sitio superiores,
Eran en pelear nuestros iguales;
De arriba caen agudos pasadores,
Dardos nocivos, balas infernales,
Peñascos que, de graves, no hay escudos
Que puedan resistir sus golpes crudos.

En esta tempestad de armas terrible
El Duque esclareció su eterna fama,
Como el oro hermoso y apacible
Se apura en medio de la ardiente llama;
Poderoso se arroja el invencible
Dentro del fuerte, y al apóstol llama
Que por milagros altos y hazañas
Es el patron y luz de las Españas.

Copia de gente con denuedo entraba,
Teniendo el riesgo ya por suma gloria,
Y al segundo Alejandro rodeaba,
Apellidando á voces la victoria;
Y así, entre los contrarios se mezclaba,
Haciendo cosas dignas de memoria,
Pues ni espada se vió moverse tarde,
Ni soldado que allí fuese cobarde.

Discordia á tal estrecho reducida,
De estruendo, confusion y sangre llena,
No puede ser al vivo referida
De la mas abundosa y rica vena,
Ni verse quién á cual quitó la vida;
Mas ya la desteal gente agarena
Yace por tierra muerta ó ya huyendo,
Su vana confianza maldiciendo.

Huye el Meliche, capitán perverso,
Y las sobras rehace en la espesura;
La fama esperece por el universo
Del vencedor leon la alta ventura;
Mas no debe callar aquí mi verso
Las causas por que en esta coyuntura
No anduvo aquí el Marqués, su alto heredero,
Como en Casares se halló primero.

Que no es cortar el hilo de mi historia,
Pues es el fin que della mas pretendo,
Celebrar cosas dignas de memoria,
La virtud sobre todo prefiriendo;
El claro jóven, de su estirpe gloria,
Luego que comenzó el motín horrendo,
Siguiendo della la costumbre usada,
Propuso de hallarse en la jornada.

Mas el negocio ya sobresanado,
Y sano al parecer, mudó el destino
Del pecho ardiente, atento y aplicado
A domar el furor luciferino;
Y así, dejando el padre señalado,
Pasó á Laredo con el negro dino,
Duque de Béjar, grave personaje,
De grande estado y de mayor linaje.

Las causas de hacer este rodeo
Fueron ir por la reina esclarecida,
Doña Ana, á quien España, con deseo
De herederos, invoca y apellida;
Esto y dar perfeccion al himeneo
Con la consorte bella y escogida,
Tuvieron lejos del Andalucía
Al Marqués cuando el fuego mas ardia.

Viviendo pues gozando dulcemente
Del nuevo estado y licitos favores,
La cierta fama de las armas siente
Los bélicos asaltos y rumores;
Oh cuanto del negocio se resiente,
Escrúpulos formando no menores
Que si la claridad de su disculpa
No le predestinara sin la culpa!

Si el hijo de Laertes el argivo,
Por no ir a Troya á recobrar á Elena,
Sembrando sal fingió loco motivo,
Y formó sulcos en la seca arena;
Si tu renombre permanece vivo,
Cantado de la mas profunda vena,
¿Por qué se pasará en silencio odioso,
Nuevo Leon, tu brio generoso?

Pues no solo no buscas las fingidas
Excusas, mas aun huyes de las ciertas;
Y si de amor las llamas encendidas
Pueden de Marte aborrecer las puertas,
No te faltan á ti bien conocidas,
Que en esto con el griego te concertas;
Con la misma razon que amaba él, amas,
Mas con otra mejor por guerra bramas.

Por la casta Penélope decía
El otro que las armas rehusaba,
Y que su tierno llanto lo movía
A no dejalla en el dolor que estaba;
Mas tanto en este caso no podía
El precioso cristal que derramaba
Por la hermosa nieve de su cara
Teresa, en perfeccion al mundo rara.

¿Cuántas y cuántas veces receloso
De aquella obligacion con que naciste,
Velando en medio del comun reposo,
Sus dos soles con llanto humedeciste!
¿Qué mas diré, sino que el orgulloso
Deseo que con ansia sostuviste,
Nunca halló reparo ni consuelo
Hasta la ejecucion de su alto celo?

Dejando atrás el reino de Castilla,
La rienda vuelve adonde Marte suena;
Mas no hay valor que haga maravilla
Contra la expresa ley que el cielo ordena;
Dolencia peligrosa y amarilla
A su famosa villa de Marchena
Redujo al buen señor en trance fuerte,
Aunque libre del fuero de la muerte.

Estas fueron las causas verdaderas
Por que el marqués de Zahara no vino
A seguir de su padre las banderas
Contra el rebelde bando sarracino;
¿Oh España insigne, que en criar te esmeras
Heróicos hombres, vuelve al hijo diuno
Debidamente los atentos ojos,
Y verás sus virtudes a manojos!

Verás en verde edad seso maduro,
En alta discrecion blanda cordura,
En un pecho seneillo, blando y puro,
Generoso vigor que le asegura;
Testigo el tiempo me será futuro
Que en cuanto del sol mira la luz pura
No ha visto ni verá quien mas sin vicio
Mida el poder con el debido oficio.

Mas mientras el doliente caballero
Sufre del mal prolijo las tristezas,
Y el Meliche su ejército guerrero
Congrega entre los montes y malezas,
Está de Abenhumeya el heredero
Cercado de temores y asperezas,
Y viendo vacilar su injusta vida,
Lloró su perdicion y su caída.

Gimió de corazon sus malandanzas,
En especial que aquellos mismos días
Todas sus emboscadas y asechanzas
Don Juan de Austria deshizo en las porfias;
De donde comenzó por las mudanzas
A presentir por indirectas vias
Que sus mas conocidos y llegados
Estaban en su muerte conjurados.

O que fuese verdad, ó que el recelo
Y miedo escandaloso que al tirano,
Por justa permission del justo cielo,
Le pronostican su morir temprano,
Lo amenazasen, él con desconsuelo
Maldijo el bando moro y otomano,
Que sin su voluntad le coronaron,
Y á tal desasosiego le obligaron.

Al Habaquí llamó su amigo caro,
Y á solas le habló razones tales:
«Si te soy firme amigo ya te es claro,
Pues te cuento mis bienes y mis males;
Mis secretos en ti hallan reparo;
Y así, reconociendo cuánto vales,
Quiero comunicar ahora contigo
Lo que apenas tratar oso conmigo.

«Sabrás cómo ha llegado á mi noticia
Que en mi real hay gente que me vende,
Y que alevosamente por codicia
De interés malo, á mi ruina atiende;
Sin respeto guardar ni á la justicia
Ni ley con que mi vida los defiende,
Ni al trabajo terrible manifesto
En que por conservarlos estoy puesto.

«Bien por cierto me pagan aquel celo
Con que yo los libré del trance horrible
Y tratos del maldito reyezuelo,
Pestifero enemigo aborrecible;
Yo prostré sus traiciones por el suelo,
Y á todos puse en término a acible,
Sin respetar el parentesco estrecho,
Donde intervino el general provecho.

«Yo rehusé en extremo la corona,
A que fui por violencia compelido,
Con cuya autoridad y mi persona
Útil para los mjos siempre he sido;
La fama por el mundo me pregonaba
Triunfante por las veces que he vencido,
Y á mucha costa suya los cristianos
Han sentido las obras de mis manos.

«Así que, con haberte restaurado
Totalmente las honras y las vidas,
Y haberte rectamente gobernado
Con leyes por tu bien establecidas,
¿Oh pueblo ingrato, vil, prevaricado!
No solamente el beneficio olvidas,
Mas quieres para siempre entorpecerte
Con el delicto de mi injusta muerte.

«Dame consejo, amigo verdadero,
Que en tanta confusion valerme pueda;
Dime tu parecer, que del espero
Aviso con que todo bien suceda.»
El Habaquí le dice: «¿Oh rey severo,
No hay por qué tal favor se me conceda
Como el que de presente se me hace,
Si mi lealtad por mi no satisface.»

«Esta y el amor grande, incomparable,
Que á tus altos dignos he tenido,
Capaz me hacen de la inestimable
Merced que me has agora concedido;
Y pues me mandas que contigo hable
Sobre el arduo negocio referido,
Supla mi voluntad á mi talento,
Para saber decir lo que yo siento.

«Si acaso los humildes edificios
Señales ciertas muestran de ruina,
Con fáciles y prestos beneficios
Al remedio la industria se encamina;
Mas si los altos salen de sus quicios,
Mal su seguridad se determina,
Pues la misma grandeza de su peso
Es su mayor peligro y contrapeso.

«Así á los hombres que mediano estado
Les dió la suerte pasa cada día
Que, declinado habiendo de aquel grado,
Pueden volver á lo que ser solía;
Mas los que la fortuna, el tiempo y hado
Han encumbrado, van por otra via,
Porque, como cayendo se quebrantan
Desde alto, tarde ó nunca se levantan.

«Por tanto, Abdalla, mucho te conviene
Mirar de la manera que procedes;
Si el dado contra ti rodando viene,
Levántate á tu mano, pues que puedes;
Tu gente ya la guerra mal sostiene,
Muerta de hambre, falta de mercedes,
Y sufriendo cien mil calamidades,
Por fuerza ha de anhelar á novedades.

«Y así, ninguna habrá que mas suspenda
Ese cruel furor prodigioso,
Que el dar la vuelta á la derecha senda,
De paz tratando y de comun reposo;
Quedarás con descanso y con hacienda,
Y vivo aun gozarás de ser famoso,
Pues compieliste con virtud extraña
Con toda la braveza y flor de España.

«Tienen á Dios propicio los cristianos,
No sufre ya razon que mas lo tientes;
Mira cuántos trofeos soberanos
Han adquirido de diversas gentes;
Reinos enteros, dellos comarcas,
Dellos remotos, dellos diferentes
En todo al trato nuestro, y escondidos
En los fines del mundo no entendidos.

«Aun si el que manda el otomano imperio,
Como ya lo esperaste, acá bajara,
No era mucho que el Artico hemisferio
A sus felices lunas se humillara;
Mas trata agora de otro ministerio,
Y no curar de nos es cosa clara;
Pero, si falta la Africa vecina,
¿Cómo vendrá la fuerza bizantina?

«De entremetarse cada cual rehusa
Adonde el riesgo excede á la esperanza;
Mas, si tu campo tu milicia acusa,
Y tienes tu vivir puesto en balanza,
¿Qué mas descargo, qué mejor excusa
Para los que te niegan alianza,
Pudiendo á salvo estar desde sus tierras
Esperando el suceso de tus guerras?

«Basten ya las fatigas y asperezas
Que sobre esta demanda has padecido,
Sin renta, sin ciudad ni fortalezas,
Ni refugio que sea conocido;
Sin que quieras probar las esquivanzas
Del vulgo, mal discreto embravecido,
Muda intento. Señor, trata de paces,
Que á buen puerto saldrás si así lo haces.»

Aquí dió fin el elocuente moro
A su razonamiento no pensado,
Al cual Abdalla con real decoro
Agradable atencion habia mostrado;
Mas luego con amargo y triste lloro
A la respuesta replicó turbado,
Diciendo las palabras que se siguen:
«¿Oíme! que duros hados me persiguen!»

«¿Oh Abdalla, de principios venturosos,
Y fines mas que todos desdichados,
Por hombres fementidos y alevosos,
Indignos del renombre de soldados!
Oh vos, pobres, que siempre estais quejosos,
En miserable vida sepultados,
Holgáis de no tener noticia alguna
De los costosos bienes de fortuna.

«Yo, que de todo hice ya experiencia,
Conozco el manifesto desengano:
Pobre, hallé consuelo en la paciencia,
Y reposo cabal sin pena ó dano;
Mas, desde que el poder me dió licencia
Para correr tras un deseo extraño,
Nunca pudo el ansioso pensamiento
Dejarme sola un hora estar contento.

«Pero, como del aire se mantiene
El animal disforme y sin provecho,
Aquel vano esperar, que así me tiene,
Alimentaba mi fogoso pecho;
Lo cual pues cesa, ¿renunciar conviene,
Como dices, la guerra en tal estrecho,
Pues las armas que traigo en mi defensa
Se vuelven y aperciben en mi ofensa.

«Divulguese en el campo este concierto;
Y tú, cuando mañana el sol parezca,
De Carlos vé á hallar el hijo cierto,
El cual yo fio que te lo agradezca;
No le trates del nuevo desconcierto,
Mas pídele que treguas establezca,
Para que con modestas condiciones
Se ponga fin á nuestras divisiones.

PE.-II.

«Será muy cierta cosa preguntarte
Qué causas me obligaron de presente
A renunciar los términos de Marte,
Y procurar las paces llanamente.
Lo que responderás quiero fiarte,
Pues eres tan sagaz y tan prudente,
Que, haciéndome en todo fiel servicio,
Sabrás cumplir con el debido oficio.»

Traspuo el sol allá por Océano,
Y sucedióle la terrestre sombra,
Mas nunca Abdalla, tarde ni temprano,
Del cuidadoso penar el pecho escombra;
Vuelve á salir de Cintia el bello hermano,
Huye la escuridad que el mundo asombra;
En esto el Habaquí hizo jornada,
Levantando de paz la seña usada.

Ya en el real morisco publicaba
Lo concertado fama verdadera,
Ya tal, de puro alegre, abominaba
De los insultos de la guerra fiera,
Y tal las armas por el suelo echaba
Como si peso intolerable fuera,
Maldiciendo los bélicos furoros
Y cantando á su rey muchos loores.

El Habaquí marchó con diligencia,
Y antes de entrar ante el caudillo austriaco,
Para hallar en él mas grata audiencia,
Con otro mensajero le previno;
Habida facilmente su licencia,
El astuto morisco al punto vino,
Y recibido bien del varon fuerte,
Su mensaje refiere desta suerte:

«Abdalla, sucesor de don Fernando,
Cabeza de la gente rebelada,
A ti, caudillo del cristiano bando,
Me envia á reportar una embajada;
Y es que, con atencion considerando
Los daños desta guerra porfiada,
Halla que se podría su conflicto
Prorogar y extender en infinito.

«Sin otro premio mas que la sangrienta
Venganza de ambas partes ofendidas,
Pues que venciendo España, no acrecienta
Las hazañas que has hecho eselarecidas,
Ni si Abenabo su intencion sustenta,
Espera verse en tierras conocidas,
Las cuales en tranquila paz posea;
Fin que de las batallas se desea.

«Así que, no promete recompensa
Esta contienda igual á parte alguna,
Con el crecido afán y dura ofensa
Que causa el variar de su fortuna;
Por tanto, pide á tu bondad inmensa
Le mande conceder tregua oportuna,
Para que se confirme por mi medio
Lo que mandares y el comun remedio.

«Basten ya los asaltos sanguinosos,
Las mortandades y rigor pasado,
El campo á trechos largos lastimosos
De huesos se nos muestra estar sembrado,
Ajeno de sus frutos abundosos,
Y el aire de tal suerte inficionado,
Que no consume la mortal dolencia
Menos que de las armas la violencia.

«Vuelva la cruda Aletto al triste infierno,
Oyendo el dulce son de tu respuesta,
La santa paz del consistorio eterno
Baje á la tierra con solemne fiesta;
Haz, Principe, tu nombre sempiterno,
Tu fe y piedad mostrando manifiesta;
Perdona los errores insolentes
De los que habemos sido inobedientes.

«Y así, la majestad de Dios permita
Hayas por bien la remision que pido,
Como su ley divina traigo escrita
Dentro del alma, de que soy regido;
Que si la secta y rebelion maldita
Hasta agora parece que he seguido,
Ha sido procurando con instancia
El negocio que hoy trato y su importancia.

«Yo soy el Habaquí, que por ventura
Mi nombre habrá llegado á tus oídos,
De pobres padres, no de fama oscura,
Vecinos de Guadix y allí nacidos;
Mas hame puesto Abdalla en tanta altura,
Y héchome favores tan crecidos,
Que si él tu hermano poderoso fuera,
Yo Rui Gomez de Silva ser pudiera.»

«Todo lo cual mirado y su deseo,
Y el general de toda aquella gente,
Debes, alto señor, sin mas rodeo
Sernos amparo y defensor clemente;
Y donde no, la cruz es mi trofeo
Y el uno y trinó Dios omnipotente,
Por el cual mas me vale ser tu esclavo
Que no lugarteniente de Abenabo.»

El de Austria, que atentísimo escuchaba
De aquel morisco el razonar profundo,
No sin admiración, se aficionaba
A su ingenio sutil, alto y facundo
Y á la gentil persona, en que mostraba
En la Alpujarra no tener segundo;
Mas á los susodichos fundamentos
La voz grave soltó en tales acentos:

«Holgado he, Habaquí, de conoceros,
Como ya por la fama os conocía;
Y así, primero pienso agradeceros
La fe que profesais sagrada y pia,
Que resolverme para responderos
A vuestra principal mensajería;
Porque tanta bondad debe notarse,
Y entre casos tan graves ponderarse.»

«Y así, á ley de quien soy, os juro y digo
Que, en cuanto desde hoy mas se os ofreciere,
Tendréis en mí seguro un buen amigo,
Como vuestra constancia lo requiere;
Mas las treguas y paces contradigo
A vos y á otro cualquier que las pidiere,
Por no ser esos términos decentes
Entre rey y vasallos delincuentes.»

«Pedir perdón y proponer la enmienda,
Darse á merced sin condicion alguna,
Es dar la vuelta á la derecha senda,
Y á buen puerto salir de gran fortuna,
Y vuestro electo aquesto mismo entienda,
Sin esperar debajo de la luna
Alcanzar diferencia ni ventaja
Mas él que los de toda la baraja.»

«Vos solo habeis de ser remunerado
De mi señor el Rey por vuestro celo,
Y haberos por cristiano declarado
Prostradas las rodillas por el suelo;
Volved pues luego á quien os ha enviado;
Y pues tan elocuente os hizo el cielo,
Persuadilde que mas no se detenga,
Y que á la redución con tiempo venga.»

«Lo cual de todos llegue á la noticia,
Y entienda cada cual que está en su mano
Moderar el rigor de la justicia,
A Dios y al Rey volviéndose temprano;
Que, aunque ha sido perversa su malicia,
No quiere el Padre eterno soberano
Al malo y pecador cerrar la puerta,
Sino que se arrepienta y se convierta.»

Con estos y otros altos documentos
El Habaquí volvió al campo agareno,
Donde con admirables argumentos
A Abdalla amonestó lo justo y bueno;
Mas él, perplejo en vanos pensamientos,
Ni de crédito dalle estaba ajeno,
Ni menos entre sí determinaba
De hacer lo que tanto le importaba.

Mas el ardid, la maña y la prudencia
Del cauto y señalado mensajero
Redujo presto á la mejor sentencia
Todo el comun morisco casi entero;
Y no sin artificio y diligencia
Negoció con el bando forastero,
Que del pasado intento desistiese,
Y seguro pasaje al Rey pidiese.

Mientras que la soberbia destas gentes
Con moderados términos se humilla,
El Meliche, acogido á las vertientes
De Rio-Verde, junta y acaudilla
Rebeldes moros, y en las eminentes
Cumbres de la que es hoy Sierra-Blanquilla,
Desde donde, corriendo á sangre y fuego,
Tenia á Ronda en gran desasosiego.

Era tan numeroso ya su bando,
Que osaba por do quiera hacer guerra,
Y presumir salvarse peleando
En el contorno y faldas de la sierra;
Habia el sol, por Escorpion pasando,
Hecho quedar frutifera la tierra,
Con las fecundas aguas que, esparcidas,
Eran causa de turbias avenidas.

Los hombres, atendiendo en cada parte
Al útil menester de sus labranzas,
De Cérés la preciosa y rústica arte
Ejercitaban, llenos de esperanzas,
Dando de mano al iracundo Marte,
A sus estratagemas y asechanzas,
Aunque á las veces, siendo saltados,
Quisieran mucho mas hallarse armados.

¿Qué hará el de Leon, á quien le toca
Procurar el remedio destes daños,
Si el enemigo orgullo le provoca
Segunda vez por términos extraños,
Y la razon al arma lo revoca
Con estímulos tales y tamaños,
Habiéndosele el campo ya deshecho,
Guiando cada cual tras su provecho?»

Viéndose en este mar de inconvenientes,
Echó de su hacienda y sus vasallos
El resto todo, y siéndole obedientes,
Pudo al debido oficio congregarlos;
Juntó pues con ardid excelentes
Buen número de infantes y caballos;
Salió en campaña contra los moriscos,
Que andaban como fieros basiliscos.

El padre de Faeton salir queria
Del lecho alabastrino de la aurora,
Cuando el buen Duque á vista se ponía
De las banderas de la secta mora;
Mas ya las suyas repartido habia
De forma y suerte, que á la misma hora
Tuviessen la montaña rodeada,
Para dar el remate á la jornada.

Lleva á su hijo don Luis Ponce al lado,
Traslado suyo y prenda muy querida,
El cual escasamente habia llegado
A dos lustros y medio de su vida,
Costumbre usada ya en tiempo pasado
Entre aquella familia esclarecida,
Salir de tierna edad los hijos diestros
En armas, con sus padres por maestros.

Aprende, le decía, hijo mio,
A ser sufrido, valeroso y fuerte,
Y á despreciar con generoso brio,
Por tu fe y por tu rey la airada muerte;
En este punto el bárbaro gentío,
Que ya desde mas cerca el trance advierte,
Mueve ligeros piés y prestas manos,
Al encuentro saliendo á los cristianos.

El Duque arremetió por una loma,
Diciendo en voz alegre «Santiago»,
El Meliche, llamando á su Mahoma,
Trabó la lid, donde llevó su pago;
Porque, mientras allí se da y se toma,
Una bala le dió fin aciago,
Y descargó la tierra de un Tifeo
En obras malas y peor deseo.

Que don Juan de Leon lo finé este dia
Claramente se vió por la experiencia,
Y su hijo de suerte le seguía,
Que, á no ser liga, fuera competencia;
Bermudez con su tercio destruía
Mucha de la morisca decendencia,
Y Pedro de Mendoza de otra parte
Hace lo sumo del esfuerzo y arte.

Por esto, y ver prostrada su cabeza,
Los infieles todos se turbaron,
Lo cual no obstante, por alguna pieza
En la batalla dura porfiaron;
Pero ya la victoria se endereza
Por los que á Dios su fin enderezaron,
Y el campo moro, lleno de quebranto,
Siente rabia, dolor, muerte y espanto.

El católico sigue el vencimiento,
Huye el bárbaro y perfido á la clara;
Por aquí escapan diez, por allí ciento,
Sin osar mas volver atrás la cara;
Y quedóles tal miedo y escarmiento,
Que nunca mas juntaron algaraza;
Y así, se retrujeron esparcidos
En los traspuestos valles y escondidos.

Después al reino de Africa pasando
Algunos, y otros dándose rendidos,
Quedó aquella provincia descansando,
Libre de los trabajos padecidos;
El Duque á Ronda se volvió triunfando,
Que por los beneficios recibidos
Alegre celebró sus alabanzas,
Y grata encareció sus bienandanzas.

Esta victoria, en sí calificada,
Hace el notable sitio mas famosa,
Por haber sido un tiempo allí trabada
La guerra mas soberbia y ambiciosa;
Cuando el mundo, su fuerza conceitada,
Por armas decidió la lid dudosa
Contra los hijos del fiel romano,
Y se puso de César en la mano.

Ya los turcos y moros extranjeros
De toda la Alpujarra habian salido,
Y el mar sulcando con navios ligeros,
Tomado tierra allá en el Afro nido;
El Habaquí, en sus tratos verdaderos
Habiendo algunos dias insistido,
A su alteza volvió que le esperaba
Para la conclusion que se trazaba.

Después de recibido cortesmente,
El morisco informó muy por extenso
Del firme intento que halló en su gente
Para volverse á Dios piadoso, inmenso;
De solo Abdalla dice que mal siente,
Y que se está neutral, turbio y suspeso,
Porque la obstinacion de su pecado
Debe el sentido habelle reprobado.

Por lo cual dijo que él se profería
A dalle muerte por su propia mano,
Y que en ello su vida arriescaria,
Como bueno y católico cristiano;
Y así, partió resuelto el mismo dia
A verse con el áspero tirano,
Y efectuar aquel heroico hecho
Con brazo fuerte y animoso pecho.

¿Dónde vas, Habaquí, tan denodado?
¿Piensas que Abdalla está de ti seguro?
No lo está, no; que al fin, como culpado,
Recela y teme fin triste y oscuro,
Y de las bravas furias incitado,
El amor que te tuvo, en odio duro
Ha vuelto, y desamor contrario, esquivo,
Le da grave pesar de verte vivo.

Mientras el nuevo Mucio valeroso
Iba á la ejecución de la hazaña,
Que le diera renombre de famoso
En cuanto ciñe Apolo, y Tétis baña;
Abenabo, aburrido y congojoso,
Entre él y los demás metió zizana:
Negocio facil y ligera cosa,
Escándalo entre gente sospechosa.

Moviale el nativo odio implacable
Contra el cristiano norte y su corona,
Y su conciencia misma abominable,
Que mas sus pensamientos inficiona;
Dábale enojo y rabia incomparable
La injuria recibida en la persona;
Y así, de la ocasion y tiempo usando,
Habló á los que le estaban escuchando:

«Otras veces, amigos, proponía
Mi intento como rey y señor vuestro,
Mandando aquello que por bien tenia,
Con libre voz y con agüero diestro;
Mas, ya que sin error ni culpa mia
En vuestra lealtad hallo siniestro,
Dejaré de quejarme y de culparos,
Y solo trataré de amonestaros.»

«Dé vuelta el mundo y la fortuna rueda,
Persigame cruel bado enemigo,
Que ya mi corazón dejar no puede
De seros firme y saludable amigo;
Vosotros del perdón que se os concede
Pensais gozar sin pena ni castigo;
Mas dello grande duda se me ofrece,
Y casi que imposible me parece.»

«Las causas de lo cual dejo y remito
Al libre parecer de cada uno;
Mas una cosa sola no permito
Ni sé disimular por modo alguno;
Esta es, que el Habaquí, falso, maldito,
A sí inclinado, á todos importuno,
Quiera en particular ganarse gracias,
Y funde en general vuestras desgracias.»

«A honor aspira y á provecho atiende,
Dando á entender que solo él es el quicio
Y la fuerza total de quien depende
La rica paz y el bélico ejercicio;
Y pues sin freno su interés pretende,
Mal hacer puede su debido oficio,
Que si un tercero se corrompe avaro,
Errar en lo que trata está muy claro.»

«La comision que tiene es de gran peso,
Y por lo mal que ha procedido en ella
Merece suspendido ser y preso,
Y que tengamos del justa querella;
Tras esto, es un superfluo contrapeso
La autoridad de aqueste, pues sin ella
Podeis hacer, habiendos reducido,
Que os pueda ser mejor agradecido.»

«Desde aquí me desisto de aquel mando
Que, sin querello yo, todos me distes,
Mas no de la venganza tras que ando,
Aunque me aquejen mas sucesos tristes;
Si algunos, mi persona acompañando,
Movidos de la gloria en que me vistéis,
Quereis quedar, armado me profiero
A seros siempre igual y compañero.»

«Y si todos quereis solo dejarme,
Solo quiero á cristianos hacer guerra;
Matarme puede, sí, mas no espantarme
El poder que se junte de la tierra;
Procurad desculparos y culparme,
Que aunque vuestra mudanza así me atierra,
Sobre mis hombros solos holgaría
De llevar vuestras culpas y la mia.»

«Yo, que hice temblar la fuerza entera
De la temida presuncion de España,
Y ensangrenté mil veces la carrera
A costa suya con mi esfuerzo y maña;
Agora á modo de salvaje fiera
Por los desiertos vengaré mi saña;
Y pues me desampara la ventura,
Mis huesos nunca esperen sepultura.»

Sacó el calamitoso parlamento
Lágrimas tiernas de los pechos duros,
Y mudaron algunos pensamiento,
Movidos del, volviendo á ser perjuros;
Mas todos de comun consentimiento
Dijeron que no estaban bien seguros
Del Habaquí; y así, quedó resuelto
Fuese puesto á recado en siendo vuelto.

Si en tal sazón el Habaquí tardara,
Pudiera pasar punto por ventura,
Que á las veces un dano se repara
Por caso extraño en breve coyuntura;
Mas antes que la plática cesara
Llegó, y fué luego puesto en prision dura,
Presintiendo en el ánimo, aunque fuerte,
El paso acelerado de su muerte.

Abenabo le manda hacer cargo,
En forma procediendo de derecho,
Y que de los indicios de descargo
En término abreviado y tiempo estrecho;
Mas como al hombre puesto en trance amargo
Le huyen los amigos largo trecho,
El de Guadix, venido a tal estado,
De los suyos quedó desamparado.

Y aun aquellos que libre le animaron
A cortar la cabeza del tirano,
Viéndole preso, dello le acusaron
Con ejemplo sacrilego inhumano;
La vida, en fin, y pasos le acortaron,
Y él acabó como fiel cristiano,
Repitiendo en el último tormento
La voz del Credo con devoto aliento.

Fué del campo católico planida
Del Habaquí la muerte no pensada;
Mas no es morir perder hombre la vida
En loable ocasion y empresa honrada;
No por esto la gente convertida
Dejó la reducion ya comenzada;
Antes, por el recelo desta culpa,
Venian mas apriesa a dar disculpa.

Vinieron con sus armas a montones,
Clemencia, remision y paz pidiendo,
Numerosos y fieros escuadrones,
Sus pasados errores conociendo;
Y por mas evitar las ocasiones
De los tiempos, que siempre van volviendo,
Quedaron trasplantados a millares
Léjos de los marítimos lugares.

Preguntárame alguno por ventura
Qué fin al bravo Abdalla dió la suerte:
El, con pocos metido en la espesura,
En unas cuevas se hacia fuerte,
Donde al fin de su extrema desventura
Un alcaide morisco le dió muerte,
Y el alma descendió a pagar sus males
En las eternas llamas infernales.

Cuando mis pensamientos y cuidados
Pusieron dulce fin a su porfia,
Llevaba sus caballos inflamados
Al Nuevo Mundo el causador del dia;
Volvia a su albergue los ganados,
Y cada Labrador se recogia
A su estacion humilde, deseoso
De aliviar sus fatigas con reposo.

Lo mismo hice yo, con entregarme
Al blando sueño y regalado olvido;
Mas pude en él apenas transportarme
Cuando veló de nuevo mi sentido;
En clara y alta voz senti llamarme,
Voz no de humano ni mortal sonido,
Los ojos abro, y digo: «¿Quién me llama?»
La misma me responde: «Soy la fama».

«Que he venido a tomarte residencia
Del tiempo que ministro fuiste mio,
Por una mal sonante negligencia
Que arguye ó gran pasion ó desvario;
De muchos escribistes la eclecencia
En armas, la virtud, la fuerza y brio,
Porque en las competencias referidas
Hicieron dello pruebas conocidas».

«Y dejaste olvidado entre renglones
Uno que capaz es de larga historia,
Y digno de igualarse a los varones
Que de tu patria ilustran la memoria;
Hijo de aquella cama de Leones
Que el conde don Martin, para mas gloria,
Produjo, ennobleciendo el reino hispano
Para espanto y terror del africano».

«Debiera haber llegado a tus oidos
Don Francisco de Córdoba y sus partes,
Los hechos de su esfuerzo esclarecidos
En varios tiempos y en diversas partes;
Agora contra moros descreídos,
Agora contra herejes estandartes,
Peregrinando mas que el fuerte Alcides
Por duros trances y sangrientas lides».

«Debieras contemplar atentamente
Que no es menos que plático soldado,
En su vivir filósofo prudente,
En saber y experiencia jubilado,
A cuya causa fué debidamente
De una aldea do estaba retirado
Llamado, a que asistiese en Almería
Por general de mucha infantería».

«Donde correspondió con juicio reto,
Osado corazon y prontas manos,
A aquella estimacion, grado y conceto
Que del tenían ya los veteranos».
Esto dicho, la voz do no hay secreto
Voló, hendiendo por los aires vanos,
Y yo cumpli su edicto y justo fuero
Con escribir el caso verdadero.

CANTO XIX.

Establécese la Liga, y es nombrado el señor don Juan por generalísimo della. Selim junta poderosa armada, reforma a Piali y hace general al turco Ali-Baja. Su alteza hace su jornada y recibe en Nápoles el estandarte de la Liga por mano del cardenal Gravéla, delegado de su santidad.

No puede ser durable lo violento,
Por mas que se desvela el artificio,
Ni puede, si no es bueno el fundamento,
Ser firme ni seguro el edificio;
Quien torpemente sube en años ciento,
En sola una hora cae, porque es oficio
Del cielo justo dar castigo dino
Al que se olvida del mejor camino.

Las fábulas morales y elegantes
Nos cuentan que unos hijos de la tierra,
Fiándose en sus fuerzas de gigantes,
Osaron contra el cielo mover guerra,
Y que Jove con rayos fulminantes
Su soberbia prostró, que tanto yerba;
Haciéndoles quedar eternamente
Por terror y escarmiento de la gente.

No es menos que estos vano y atrevido
El que contra la Iglesia sacrosanta
Se vuelve, y en pecado endurecido,
Pierde la fe que el alma a Dios levanta;
Ni es menos el tormento embravecido
Que el obstinado pecho le quebranta;
Y mas, que la experiencia nos escribe
Que apenas muere bien el que mal vive.

La prueba se ve desto en los tiranos
Cuyas vidas y muertes se han escrito;
Y así, la Iberia, libre de sus manos,
Sintió gozo y placer casi infinito.
Dias habia que los venecianos,
Visto del turco el animo maldito,
Con la cristiana union trataban liga
Contra la fuerza bárbara enemiga.

Hallábase Venecia la opulenta
De la otomana casa lastimada,
Y renovaba con la nueva afrenta
De Chipre, larga historia no olvidada;
Por Dulcino y Antivari lamenta,
Y Buda, que tambien le fué usurpada,
Con otras muchas plazas y fronteras
De Epiro y la Morea en las riberas.

Y así por las pasadas opresiones
Como por el agravio y mal presente,
Y aun otras recelosas presunciones
De que eran molestados claramente,
Se resolvieron todos los varones
De aquel senado antiguo y eminente
A hacer embajadas con instancia
Sobre la santa liga y su importancia.

El vicario de Cristo, quinto Pio,
Admitió su requesta como justa;
Lo mismo hizo el rey y señor mio,
Como quien de lo bueno siempre gusta;
Y de Francia detuvo el desvario
De la guerra civil, cruel, injusta:
Al lusitano causas esenciales,
Nacidas de las guerras orientales.

Hecha pues de los tres la conveniencia,
El Papa, Rey Católico y Senado,
Con sana, cuerda y presta diligencia
Dieron su perfeccion a lo tratado;
Y fué de todos por comun sentencia
Por su generalísimo nombrado
El inclito don Juan de Austria, nacido
Para ser vencedor, nunca vencido.

La fama se extendió desde aquel dia,
Su trompa sonadora ejercitando,
Y despertó con bélica armonia
La mayor fuerza del cristiano bando;
El nombre que don Juan ganado habia,
Los granadinos trances allanando,
Engendraba en los grandes y menores
Esperanzas de cosas muy mayores.

Giraba el sol su carro luminoso
En la morada y estacion primera,
Trayendo al mundo alegre y orgulloso
La sazón de la clara primavera;
Ya el intratable mar, menos uidoso,
Se disponia para abrir carrera
Conforme con los hados y destino
Que se guardaban para el hijo austrino.

Ya en cada puerto la carena untada
Debajo de las ondas asegura
Cualquier bajel de la cristiana armada,
Que los preparamentos apresura;
Ya se apercebe para la jornada
La una y otra Hesperia, y ya procura
La ciudad de san Marcos estar presta,
Y de leños gran suma y gente apresta.

Roma da a Marco Antonio por caudillo,
Delos Colonas lustre verdadero,
Venecia otro que tiene de sencillo
En ella el primer nombre y de severo;
Desto se dice que pasó a cuchillo
Un hijo suyo con semblante entero,
Por castigo ejemplar, digno de fama:
Sebastian el Venero este se llama.

Selim, que tiene ya noticia alguna
De la cristiana union, de nuevo atiende
A no perder sazón tan oportuna,
Y a Famagusta conquistar pretende;
Con su poder midiéndolo su fortuna,
El orbe entero sujetar pretende;
Y así, juntó la armada mas pujante
Que jamás ha salido de levante.

En lugar de Piali, que el precedente
Año el cargo de mar habia tenido,
Nombró por mas soldado y mas valiente
Al bravo Ali-Baja, turco temido,
Mandándole, al partir, expresamente
Que al general que está en el ciprio nido,
La gente, vitualla y favor diese
Que al fin de aquella empresa conviniese.

Y que sin perdonar gasto ó fatiga
Discurra por los mares mas cercanos,
Y asalte, turbe, oprima la enemiga
Parcialidad de pueblos venecianos;
Y si toda la armada de la Liga
Con la suya venir quiere a las manos,
Acepte en todo caso la batalla,
Con esperanza firme de ganalla.

Ali-Baja, instruido del intento
De su rey, se metió en el mar vecino;
Y dando velas al derecho viento,
A Chipre hizo próspero camino,
Donde, a manera de leon sangriento,
Estaba Mustafa luciferino,
Esperando en la triste Nicosia
La sazón y la gente que venia.

Y así, al nacer del sol, reconociendo
Las señas y banderas otomanas,
Un increíble gozo recibiendo,
Con llanto alegre humedeció sus canas,
Y a la ribera, en orden procediendo,
Se acercó, y saludó las inhumanas
Fustas, de su gran número admirado,
De las cuales tambien fué saludado.

Cosa notable fué el contentamiento
Con que los scitas fieros se mezclaron,
Y largo de contar el tratamiento
Y amor con que estas vistas celebraron;
Los generales, hecho el cumplimiento
Y dadas las saludes, comenzaron
A hacer entre sí discursos largos
De las cosas tocantes a sus cargos.

Quedó, en fin, de la plática sabida
La intencion de Selim, y cuánta gente
A Mustafa venia cometida
Para ganar a Chipre enteramente;
Ali-Baja se apresta a la partida,
Porque así la bonanza del tridente
Como su mucho ardor le espoleaba
A seguir la derrota que llevaba.

Hecha por el cañon y la trompeta
Señal cierta de leva y de partencia,
La nacion se despide mahometa,
Haciendo sentimiento por la ausencia;
La armada busca la famosa Creta,
Rompiendo el mar con áspera violencia,
Y Mustafa, marchando por la tierra,
Va sobre Famagusta a hacer guerra.

No se estaban ociosas entre tanto
Las grandes fuerzas de la union cristiana,
Solicitudes del cruel quebranto
En que se ve la gente veneciana;
A cuya instancia el Papa, justo y santo,
Con eficaz industria sobrehumana
Incitaba al caudillo preminente
A la alta empresa y ocasion presente.

Mas él, sin perder punto, al rey de España
Pide la bendicion y real mano,
Y sale por la posta apresada extraña
Del pueblo ennoblecido cortesano,
Ilustres hombres lleva en su compañía;
Ya deja atrás el reino castellano,
Ya el de Aragon, ya el catalano suelo
Pasa midiendo con ligero vuelo.

No hace un punto pausa en su corrida,
Que pueda ser alivio a su persona,
Hasta aquella ciudad esclarecida
Cuyo famoso nombre es Barcelona,
Donde toda la fuerza recogida
Está de amor, el ceptro y la corona,
Y se nos muestra clara en su figura
La idea de la misma hermosura.

Allí parece el sol resplandeciente
Mas que en ninguna parte de la esfera,
Allí se mira y goza eternamente
La deseada y dulce primavera;
Y así como el cortés cielo clemente
Influye tal sazón, tambien se esmera
En producir la gente conversable,
De ingenio dócil y de trato amable.

Seria dilatar la historia en vano
Solenizar aquí el recibimiento
Que hizo el pueblo insigne catalano,
De regocijo lleno y de contento;
No fué acogido el capitán tebano,
Viniedo del felice vencimiento,
Con mas aplauso de su patria amada,
Al ministerio atenta y dedicada.

Que el hijo del monarca poderoso
En el lugar ilustre que refiero,
Ni vió jamas teatro mas pomposo
La gran ciudad que al mundo mandó entero;
Las damas alababan de hermoso
Al jóven y gallardo caballero,
Los hombres su ademan, talle y postura,
En que Venus y Marte se figura.

Ya la sonora trompa de la fama
Con recio aliento divulgado habia
La gloriosa ocasion que al arma llama
La animosa nacion que España cria;
Ya el feroz aleman por guerra brama,
Y va saliendo de la region fria
A la templada Italia, que, orgullosa,
Armas y gente apresta belicosa.

Mientras en varias partes extranjeras
La máquina y bullicio mas se ordena,
Vino el de Santa Cruz con sus galeras
De la seca y robusta Cartagena;
Don Juan, haciendo muestras placenteras,
De la playa dejó la roja arena,
Y en el húmedo reino del pescado
Entró con alto agüero y diestro hado.

El sol hacia Occidente declinaba
Su bello carro de alabastro puro,
Y ya la noche el de ébano aprestaba,
De sombra encubierta y velo oscuro,
Cuando la playa en torno resonaba
Con estruendo feroz de hierro duro,
Confusas voces y áspero bullicio,
Que de partencia daba claro indicio.

Los cómitres, al crudo ministerio
Atentos, los forzados apresuran;
Y así, las aguas del salado imperio
Batidas de los remos ya murmuran,
Las estrellas el Artico hemisferio
Variamente matizan y figuran;
Boga la armada, y en el mismo instante
Por proa es asaltada de un levante.

La chusma al proejar la fuerza aviva,
Las importunas ondas contrastando,
Diana muestra al mundo su luz viva,
Aquel trabajo en parte relevando;
El bando austrino de Canid arriba
A la hermosa playa al punto cuando
El agradable sol de la mañana
Su lumbré nos descubre soberana.

Dióse allí fondo, y hizose la aguada,
Y luego con señal de tiempo bueno
A vela prosiguieron su jornada,
Volando apriesa por el mar sereno;
Mas presto la bonanza fué turbada;
Y así, rompiendo á fuerza el hondo seno,
De Palamos se entraron en el puerto,
Siguiendo á la real por buen concierto.

De donde, al declinar del claro día,
Con mar bonanza llegan hasta Rosas,
Y de allí, prosiguiendo por la via,
Vinieron á las ondas peligrosas
Del golfo narbonés, cuando volvia
Apolo sus colores á las cosas,
Sin que señal de nube pareciese,
Ni viento aquella hora se moviese.

Por lo cual nuestra armada diligente
Se mete por el golfo navegando;
Mas luego en popa les soplo un poniente,
La chusma y marineros alegrando;
Despleganse las velas prestamente,
Hiere céfiro en ellas fresco y blando,
Y vuelan por el agua las galeras
Cual por el aire van aves ligeras.

Refuerza el viento, sin hacer ultraje
A los bajeles sanos y ligeros;
Y así, volando llevan su viaje
El de Austria y sus leales caballeros;
Sucedíoles tan próspero el pasaje,
Que todos se hallaron placenteros
Al despuntar del alba clara y bella,
En el francés paraje de Marsella.

El apacible tiempo persevera,
Francia se va dejando á la siniestra;
Ya la playa de Niza desde fuera
A nuestros ojos se descubre y muestra;
La ciudad opulenta alegre espera
La armada y el caudillo que la adiestra,
Y de sus torres y castillo fuerte
Con salva solemniza aquella suerte.

El duque de Saboya allí no vino
Por estar en Turin no bien dispuesto;
Mas el conde Arrián salió al camino,
De su parte, y al héroe dijo aquesto:
«El Duque, mi señor, tu dino primo,
Que á tu servicio está obligado y presto,
Tiene por falta grande de ventura
Hallarse enfermo en esta coyuntura;

»La cual por él ha sido deseada
Dias há ya para besar tus manos,
Por la afición y sangre que mezclada
Está entre ti y los duques saboyanos,
Y por tu fama ilustre y enumbada
Con hechos y blasones soberanos;
Y así, á ofrecer por mí desde hoy te envia
Su fe y su voluntad sincera y pia.

»Suplicate que acetes el servicio,
Y le honres con tomar puerto en su tierra,
La cual, agradecida al beneficio,
Te servirá continuo en paz y en guerra;
Y si para el marítimo ejercicio
En ella de provecho algo se encierra,
No lo recibas como cosa suya,
Antes lo tomes como propia tuya.

»Sus galeras también dice que quiere
Que á tus hados y á ti vayan siguiendo,
Armadas, como el caso lo requiere,
Contra el bravo furor del turco horrendo,
Y un general en ellas se profiere
Enviar, tu grandeza obedeciendo,
Este es mos de Leni, soldado viejo,
Famoso por sus obras y consejo.»

El de Austria con benévolo semblante
Las fustas acató del saboyano,
Y agradeció por término elegante
La voluntad y ofrecimiento llano,
Mas dice que en las costas de Levante
Anda por mar y tierra el otomano,
Haciendo mucho mal, á cuya causa
No cumple en el viaje hacer pausa.

Con esto del Nizado se despide,
Y á Orza con un viento moderado,
Partiéndose de allí, la playa mide
Del ancho Portovenere nombrado;
Mientras al navegar cosa no impide,
Llegó un bajel del ginovés senado
Con embajada del, según su usanza,
Llena de reverencia y de crianza.

Y todo cuanto en suma contenía
Era significar cuán por extremo
Holgaba aquella libre señoría
De velle hecho general supremo;
El de Austria agradeció la cortésia,
Y sulcando aquel mar á vela y remo,
Después de puesto el hijo de Latona,
Llegó á la fertilísima Saona.

Demás de que fué en sí maravillosa
La salva que se hizo desde el muro,
La sombra de la noche tenebrosa
Mostró mas su espectáculo seguro;
Herido apriesa de la luz fogosa,
Retumba y reverbera el aire escuro,
Responden desde el agua las galeras,
Atronando el contorno y sus riberas.

La media noche dicen que sería
Cuando partió de allí la insignie armada,
Hendiendo á remo el agua negra y fría,
Con fuerza vehemente y porfiada;
La esposa de Títon ya parecía,
Descubriendo su frente aljofarada,
Cuando llegó de Pexé á las orillas,
Que está del jano pueblo pocas millas.

Desde donde, bogando lentamente,
Se metieron en orden de batalla
Las galeras feroces de poniente,
En quien la flor y lustre dél se halla;
Ya la ciudad famosa y eminente
Manifiesta sus torres y muralla,
Sus altos edificios suntuosos
No menos excelentes que costosos.

Ya la gran fundación se ve de Jano,
Maravilla exquisita en todo el suelo,
Pues siendo para el uso y trato humano
Poco ayudada de terreno y cielo,
La industria de sus hombres, que á una mano
Son del saber vivir claro modelo,
La tienen á tal punto reducida,
Que no hay otra en el mundo mas lucida.

Las piedras mas preciosas del Oriente
Vienen allí de la mayor distancia
Con el oro y la plata que Occidente
A Europa envia, rica de ganancia;
Allí la popular y noble gente,
Viviendo en libertad y en abundancia,
Refrenan las superfluas vanidades
Que hacen pobres ser otras ciudades.

No suena allí del coche el vano estruendo,
Con excesivo gasto alimentado,
Ni el tropel de criados, que, sirviendo
Solo á la pompa, dan mucho cuidado;
No hay la desigualdad, que, procediendo
De ostentación y fausto mal fundado,
Es causa de cien mil inconvenientes
Que pasan en el mundo varias gentes.

Todo es moderación, todo concierto,
Conforme á verdadera policía;
Tratase del vivir seguro y cierto,
Usando de sagaz filosofía.
Ya las naves que estaban en el puerto,
Sacudiendo la gruesa artillería,
Las galeras de España saludaban,
Que cerca del bogando se llegaban.

Lo mismo comenzó á hacer la tierra:
La armada respondió en ese momento;
Dóblase el contrahecho son de guerra,
Combatiendo el díaño elemento;
Ya de la ancora el diente corvo aberra
La arena honda del salado asiento,
Y el de Austria con su ilustre y fiel cuadrilla
Del Ligustico mar tomó la orilla.

Donde el preclaro Dux y senadores
Le estaban de propósito esperando,
Y el pueblo todo, que con mil loores
Concurre, su venida celebrando,
Después de habelle hecho los honores
Debidos, le llevó el ginovés bando
A una suntuosísima posada,
Ricamante lucida y adornada.

Luego le visitaron por sus grados
Caballeros que allí venido habían
De parte de latinos potentados,
Que todo lo posible se ofrecían;
Vinieron capitanes y soldados
Con la mayor pujanza que podían,
Y en ese mismo tiempo también vino
El príncipe de Parma, su sobrino:

Jóven, gallardo, de ánimo guerrero,
Nacido para ser de Italia gloria,
Imágen y retrato verdadero
De Carlos Quinto, de inclita memoria;
Nadie supo mejor ser caballero,
Como podrá entenderse de su historia,
Ni en su tiempo le ha echado el pié adelante
En fuerte corazón y alma constante.

»Quién bastará á contar el grado y punto
Del placer que llegó al austrino pecho
Cuando, acogiendo al paternal trasunto,
El cuello le ciñó con lazo estrecho?
Causó la semejanza en aquel punto,
La edad conforme y natural derecho,
Una fundamental correspondencia
De reciproca fe y benevolencia.

El de Parma le dijo al claro tío:
«¡Oh hijo de mi gran señor y abuelo,
Cuán declarada veo en favor mio
La inmensa mano del que rige el cielo!
Pues siento por soldado de quien fio
Que ha de supeditar el ancho suelo,
Escureciendo hechos, fama y nombres
De los que se llamaron mas que hombres,

»Contino iré siguiendo tu estandarte
Debajo de tus órdenes y amparo,
Mi cuidado mayor será imitarle
En cuanto ver pudiere el aire claro;
Y si, vencido el iracundo Marte,
El reposo te fuere, á dicha, caro,
Mis estados tú puedes gobernallos,
Y á mí, como el menor de tus vasallos.

El de Austria, que cortés y agradecido
Era en extremo, respondió mostrando
A tanta oferta el término debido,
Las velas de elocuencia desplegando;
Y prometió al Fernesi esclarecido
En la armada el lugar, oficio y mando
De su persona misma, y desta suerte
Se fundó la amistad hasta la muerte.

De Santaflor el conde vino luego,
General de la gente italiana,
Y el conde Vinciguerra, della fuego,
Gallardo coronel de la alemana,
Y Alberico Ladron, de quien alego
El cargo mismo y la virtud germana,
Arribó acaudillando sus banderas,
Cercadas de naciones y armas fieras.

Llegó el buen Segismundo de Gonzaga,
Linaje de los duques mantuanos,
Insigne coronel que rige y paga
Una gran cantidad de italianos;
Y porque el de Austria mas se satisfacía,
Vinieron de países comarcanos
Valientes y esforzados caballeros
A ser en la jornada aventureros.

El número de gente mas crecía,
Poblando por do quiera los caminos;
Bajaban de la fuerte Lombardia
Armas de aceros y de temples finos;
La tierra fluctuaba, el mar hervía,
Retumbaban los montes convencinos
Al rumor sordo y belicoso estruendo,
Los ánimos al arma persuadiendo.

Nadie viera la gente y el bullicio,
El orgullo bizarro y la braveza
De tantas gentes, que al marcial oficio
Venian mas que nunca sin pereza,
Que no juzgara el cielo estar propicio
Al intento, valor y fortaleza
Del hijo del gran Carlos invencible,
Apto sujeto a todo lo posible.

El cual, solicitando la partida,
Su gente anima, incita y espolea,
Y con aviso da presta salida
A cualquier cosa, por mayor que sea;
Mas antes que del puerto se despida,
Habla con el heróico Juan Andrea,
Digno heredero de la casa de Oria,
De clara y felicísima memoria.

Pídele en suma que la armada siga,
Porque sabe muy bien que así conviene
Al buen progreso de la santa liga,
Por la experiencia y opinion que tiene;
Su voto en todo á preferir se obliga,
Pues nadie habrá que mas al justo ordene,
Que quien para las veras tiene manos,
Y para el gobernar consejos sanos.

«Por el airado mar iré seguro,
Le dice, si la vuelta del Levante
Acates quereis serme y Palinuro,
Teniendo vuestro ser siempre delante.»
El de Oria, que de seso era maduro,
De pronta lengua y término elegante,
Supo conceder graciosamente
A la intencion del príncipe excelente.

Del cual fué como cosa peregrina
Esta condeendencia celebrada,
Porque en naval milicia y disciplina
No se ha visto intencion mas bien probada;
Ya el tiempo de partencia se avvicina,
Ya hace la real la sena usada;
Vuelve la armada á la siniestra mano,
Y el reino va á buscar napolitano.

Por el Mediterráneo el agua hiende,
Soplándole de tierra tramontana;
Ya del Ginovesado el remo tiende
En el vecino mar de la Toscana;
El viaje ni un punto se suspende
Hasta que se dió fondo una mañana
En el hercúleo puerto, cuyo seno
Fué reparo del tiempo, ya no bueno.

Entre tanto que el tiempo abonanzaba,
En esta plaza de una compañía
Se dejó guarnición, con la que estaba,
Y alguna cantidad de artillería;
Lo mismo se dejó, como importaba,
En Orbitelo, y el siguiente día
Con viento fresco á fuerza se proeja,
Hasta que se llegó á Civitavieja.

Donde sulcando el Tibre cristalino,
Que viene á dar allí en la agua salada,
Llegó Paulo Jordan, linaje ursino,
Y planta del, heróica y celebrada;
Mostró placer notable el hijo austrino,
Y holgó en general toda la armada,
Con la venida del varón preclaro,
Romano Marte, generoso y raro.

Muévese en esto viento de poniente,
Tiempo oportuno y ocasion ufana
Para el atravesar seguramente
La playa famosísima romana;
Y así, se navegó prosperamente
Hasta el lugar que la nutriz troyana
De su difunto cuerpo hizo archivo,
Dejando para siempre el nombre vivo.

Pasada ya la fluctuosa playa,
Las velas con ligero y presto vuelo
Fueron á dar á la desierta baya,
Cuyas señales causan desconsuelo;
Atras queda Puzol, y junto á Chaya,
Que es arrabal del rico y fértil suelo
De la insigne ciudad napolitana,
Dió fondo la guerrera gente hispana.

Por ser ya tarde y no estar prevenida
Aquella tierra amena y deleitosa,
Que alegre con la súbita venida
Del gran caudillo andaba cuidadosa,
El cardenal Granvela, á quien convida
El cargo y la ocasión maravillosa,
A su alteza pidió se difiriese
Su entrada hasta cuando el sol volviese.

La noche trujo el natural reposo
A los que habitan en el ancho mundo;
Mas el de Austria, solícito y cuidadoso
De pensamientos, vela en mar profundo;
Su corazón, de fama deseoso,
No admite sueño allí, ni le es jocundo,
Porque la brevedad que se requiere
Ni sufre dilación ni espacio quiere.

Al secretario Juan de Soto llama,
Hombre en su facultad muy eminente,
Ministro grave, á quien de veras ama,
Y estima como á sabio y á prudente;
Dícele: «Amigo, iréis á urdir la trama
Que á mis designios es mas conveniente,
Y diréis al Virey cuánto querria
No perder punto en la jornada mia,

»Así por el peligro conocido
En que por Chipré están los venecianos,
Como por oprimir el atrevido
Y fiero orgullo de los otomanos;
Y como porque afán no sea perdido
La poderosa union de los cristianos,
Si el desabrido invierno sobreviene
Y á los efectos della contraviene;

»Por lo cual todo pido con instancia
Se embarquen y reduzgan á orden cierto
Las cosas que mas fueren de importancia
Para partirme del hesperio puerto;
El Montañés, con mucha vigilancia,
Toma un esquife, y fué á poner concierto
En el recado que era necesario,
Usando de su ingenio extraordinario.

Mientras la muda noche su carrera
Pasaba con las ruedas estrelladas,
Nápoles se apercebe al bien que espera,
Haciendo prevenciones señaladas;
Ya el almo espejo de la cuarta esfera
Sus clines esparcia recamadas,
Y las tinieblas del fogoso encuentro
Se pasaban huyendo al bajo centro;

Ya de las ondas claras y serenas
La fundación se ve tan peregrina,
Donde un tiempo hallaron las sirenas
Morada deleitosa, de sí dina;
Callen Roma y Cartago, calle Atenas,
Y calle la grandeza bizantina,
Que á Nápoles el cielo hacer quiso
Retrato del terrestre paraíso.

Compuesta de edificios inmortales,
Templada en cualquier mes del fértil año,
De mieses, vides, prados y frutales
Abundante, y copiosa de rebano;
Mas si decir pretendo cuánto vales
Hablando en especial, recibo engaño,
»Oh Parténope ilustre! pues que tienes
Del mundo en general todos los bienes.

Y así, no trataré de tus grandezas,
Por no hacer aquí prolija suma,
Por mas que tus blasones y bellezas
A compendio brevisísimo resuma;
Ya las palas, sulcando las llanizas
Del agua, levantan blanca espuma,
Y acercándose al muelle las galeras,
El método guardaban de las veras.

La multitud del pueblo estaba atenta
A ver el espectáculo solene;
El placer crece y el deseo se aumenta
De ver el que á domar los ceítos viene;
En esto de la pólvora reventada
El presto fuego, y hace que retruene
El aire en torno de los tres castillos,
Saludando á la flor de los caudillos.

La armada toda de contento llena,
Responde al punto al favorable estruendo;
Los mudos peces en la honda arena
Guardada con temor buscan huyendo;
Las prestas aves la región serena
De los sutiles aires van hendiendo,
Del nuevo son confusas y espantadas
Como de tal ruido desusadas.

Desde la guerra donde el gran Gonzalo,
Trofeo y esplendor de las Españas,
Prostró el orgullo del linaje galo,
Haciendo al mundo eternas sus hazañas;
Y desde que, vencido el turco malo,
Triunfando entró de tierras tan extrañas,
Carlos, emperador, en esta un día,
Nunca tanto jugó la artillería.

Por entre niebla cálida y humosa
Desembarcó don Juan encima un puente
Que con curiosidad maravillosa
Estaba aderezado ricamente;
Vuelve la artillería sonora
A disparar con furia vehemente;
Vico retumba, Soma se estremece,
Y el concurso y rumor del pueblo crece.

Desembarcaron con el hijo austrino
Algunos personajes y señores,
El príncipe de Parma, su sobrino,
Con el mayor de los comandadores,
Y el valeroso príncipe de Urbino,
Que, siguiendo el valor de sus mayores,
Allí venia en el real servicio
Para asistir al militar oficio.

Tascando de oro el rutilante freno,
Un lozano caballo á punto estaba,
Primicia y don del pueblo, al hijo bueno
De aquel á quien la tierra se humillaba;
De bizarría y de donaire lleno,
Con la siniestra rienda y arzon traba,
Y restribando sobre el pie siniestro,
Cobró el asiento y el estribo diestro.

Puesto el gallardo príncipe á caballo,
Tomó á su lado al cardenal Granvela,
Los otros héroes van á acompañallo
Dentro de un carro que le va á la espuela;
La gente no se harta de mirallo,
Y en el divino rostro que consuela,
Nota que está mezclada mucha parte
Del vigoroso ardid del bravo Marte.

Cual va de abejas el enjambre espeso,
Siguiendo de su rey la compañía,
Cual de corderos tiernos monton grueso
Tras del pastor y manso que los guía,
Van los napolitanos con exceso
De admiración, contento y de alegría,
Mirando de Filipe en el hermano
Un semblante y denuedo mas que humano.

A palacio llegó desta manera,
Donde antes del regalo necesario
Trató con el Virey la suma entera
De su intención, presente el secretario;
Y comenzó á trazarse la carrera
Mas breve de buscar al adversario,
Apresurando el modo y prevenciones,
Y cercenando el tiempo y dilaciones.

Resuelto y apuntado el fundamento
Que al general despacho se encamina,
Un correo se hace en el momento
Que vaya hasta dentro de Mecina,
Donde está el de Colona, todo atento
A ver lo que su alteza determina,
Junto con el auténtico Venero,
De venecianos general severo.

Lo que en suma contiene aquel mensaje
Es exhortalle que por todas vias
Se aperceban y alisten al viaje
Las velas que allá están, en pocos días;
Porque dentro de cuatro, si al pasaje
No impiden de los vientos las porfias,
Piensa partir sin duda del Ausonio,
Y la vuelta pasar del mar Ionio.

Encárgale tambien que las galeras
Que de Candia despachan venecianos,
Vengan en orden prestas y ligeras
Hasta los mismos términos sicanos,
Para que, estando así juntas y enteras
Las tres unidas fuerzas de cristianos,
La poderosa armada de la Liga
Al perdido enemigo busque y siga.

Ni mas ni menos manda que al instante,
Reforzados muy bien, cuatro bajeles
Vayan á las fronteras de levante
A saber del estado de infieles,
Para que con industria semejante
Prosigan su derrota los fieles
Con mayor claridad y mas concierto,
Y hallen para el bien el paso abierto.

En aquesta sazón llegó un criado
Del gran vicario de la sacra escuela,
Y trujo el estandarte deseado
De la Liga, do el bien comun se cuela,
Habiendo el Pastor santo por legado
Nombrado al docto cardenal Granvela
Para que á don Juan de Austria le entregue
Con la solene pompa que importase.

Venia bendito de su excelsa mano,
Era de seda del color del cielo,
En él estaba un Cristo soberano,
Que á devoción movia y á consuelo;
Las armas firmes del pastor romano
Tiene á los pies el Redentor del suelo,
Las del gran rey de España al lado diestro,
Y las de venecianos al siniestro.

Las de su alteza estar se ven pendientes
De todas, con cadenas abrazadas:
Tales eran las altas y ecelentes
Insignias de la Liga consagradas;
Cuando otro día el sol mostro á las gentes
Las cosas por la noche distraídas,
El lugar concurrió á la vista rara,
Al templo singular de Santa Clara,

Alto edificio, donde ya es costumbre
Todos los actos públicos hacerse:
Allí pues congregada muchedumbre,
La mayor que en teatro pudo verse,
Prostrado con humilde mansedumbre
El de Austria, para mas engrandecerse,
Recibió del Granvela el estandarte,
Alzando el brazo de cristiano Marte.

Y levantado el puro pensamiento,
Los ojos puestos en las divinales
Reliquias del eterno Sacramento,
Dijo de corazón palabras tales:
«¡Oh poderoso Dios, y cómo siento
De tu favor inmenso las señales,
Pues hoy cometes á mi indigna mano
El gran blason del crédito cristiano!

»Este que en ella por tu gracia veo
Es el ramo fatal de oro luciente
Que al rey trovano, dicen que el deseo
Cumplió de piadoso y obediente;
Con este de las ondas de Leteo,
Y de Aqueron saldre seguramente,
Y romperé las puertas del infierno,
A gloria de tu nombre sempiterno.

»Esta es la maza hereulea, domadora
De monstruos y vestiglos espantosos;
No debo recelar pues desde agora
Los impetus del agua procelosos,
Ni de aquella nación que al mago adora
Las fuerzas y recuentros espantosos,
Que siendo, como soy, yo tu soldado,
Del peligro mayor voy preservado.»

Hecha tal oración, de allí se parte
Con todo el pueblo junto que le espera,
Y lleva á enarbolar el estandarte
Con mucha pompa á su real galera;
La humedad de la noche, que reparte
El sueño en la terrestre y seca esfera,
Puso limite á aquel solene día,
Y término á la fiesta y alegría.

CANTO XX.

El señor don Juan pasa de Nápoles á Sicilia, y junto con los dos generales en consejo, satisface la desconfianza que, conforme á su natural, tenían los venecianos. Toma después tierra en Mecina, de donde parte con toda la armada la vuelta de Levante. Llega á Corfú, y de allí á las Guminizas, rompiendo infinitos inconvenientes.

Los antiguos maestros de experiencia
Con su sagacidad cuerda y madura,
Llamaron hija de la diligencia
La suerte que llamamos hoy ventura;
Aunque otros afirmaron que la ciencia,
El orden, la prudencia y la cordura
No son ni pueden ser de algun momento
Si no hace ventura el fundamento.

Sea en efecto, en fin, como ello fuere,
Pero según razón está obligado
El hombre á procurar lo que requiere
Su tiempo, vida, condición y estado,
Y el que sin culpa suya se perdiera
No merece llamarse desdichado;
Que la desdicha cierta en los excesos
Consiste, mucho mas que en los sucesos.

El campo de Pompeyo se aniquila,
Y su valor con todo se eterniza;
Dura el oprobrio del cruel Atila,
Que á Roma conquistó y volvió en ceniza;
Espanta el nombre del tirano Sila,
El de Héctor con razón se soleniza;
Privóle del vivir la acerba muerte;
Mas no de la virtud de ardid y fuerte.

Signe pues tu carrera, oh soberano
Príncipe, sin temer dificultades,
Que no se halla el bien á paso llano,
Ni sin aventurarse á adversidades;
No es gloria verdadera el fausto vano,
Fundado en poseer prosperidades;
Aquel tiene riquezas mas preciosas
Que heróicamente aspira á grandes cosas.